

los hombros, la especie de *gebba* de seda roja que vestía.

»Al verme entrar, levantóse y quedó en pie delante de mí, cubierta por sus joyas salvajes, en actitud de altiva sumisión.

»—¿Qué haces ahí?—díjela en árabe.

»—Me encuentro donde estoy, porque se me ha mandado venir.

»—¿Quién te lo ha mandado?

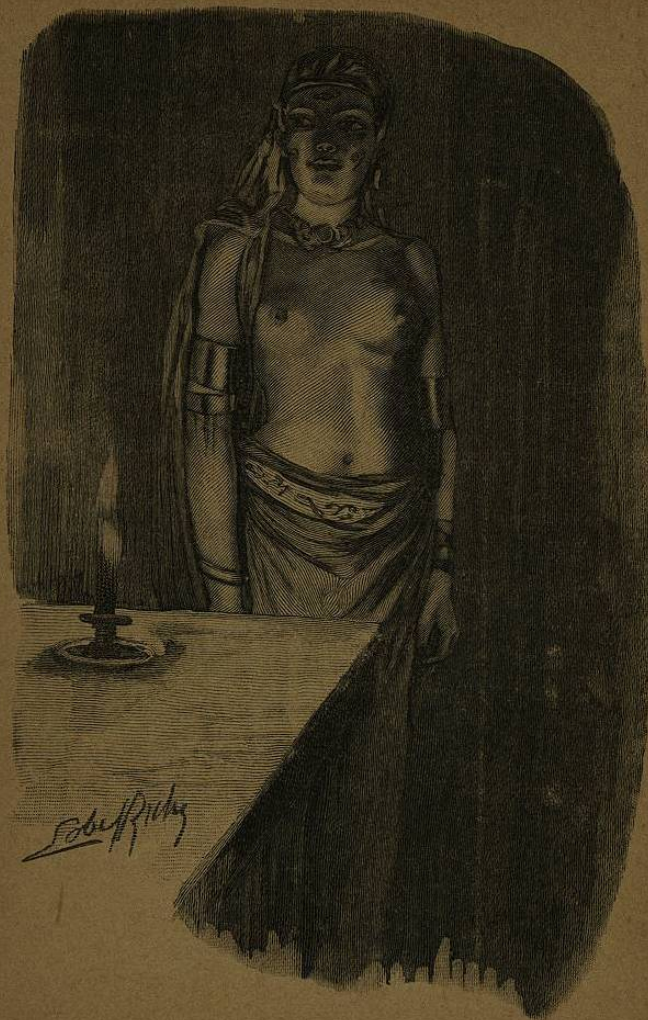
»—Mohammed.

»—Bien está. Siéntate.

»Obedeció, bajando los ojos, y yo permanecí enfrente, examinándola.

»El semblante era extraño, regular, fino y algo bestial, pero místico cual de un Budha. Los labios eran duros y estaban coloreados por una especie de florescencia encarnada que se encontraba además en su cuerpo, indicando una ligera mezcla de sangre negra, aunque las manos y los brazos fuesen de una blancura irrep rochable.

»No sabía qué hacer, y me sentía turbado, tentado y confuso. A fin de ganar tiempo y poder reflexionar, hícele otras preguntas acerca de su origen, su llegada al país y sus relaciones con Mohammed.



UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA "ALFONSO RIVERA"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Pero ella no respondió sino á las que menos me interesaban, y me fué imposible saber por qué había venido, con qué propósito, de orden de quién, en qué momento, ni lo que había ocurrido entre ella y mi servidor.

»Cuando ya me disponía á decirle:

«Vuelve á la tienda de Mohammed», ella, adivi-



nándolo quizá, se irguió bruscamente, y levantando los dos brazos descubiertos, cuyos sonoros brazaletes resbalaron hacia sus hombros, cruzó las manos detrás de mi cuello atrayéndome con expresión de voluntad suplicante é irresistible.

»Sus ojos, encendidos por el deseo de seducir,

por esa necesidad de vencer al hombre, que hace que la impura mirada de las mujeres sea tan fascinadora como la de los felinos, me llamaban, me encadenaban, dejábanme sin valor para resistir, despertaban en mí un ardor impetuoso que me sublevaba. Fué aquélla una lucha corta, sin palabras, violenta, entre las pupilas solamente, la eterna lucha en que forcejean los dos brutos humanos, el macho y la hembra, y en la cual el macho es siempre vencido.

»Sus manos, cruzadas sobre mi nuca, me atraían con presión lenta, creciente, irresistible; como una fuerza mecánica, hacia la sonrisa animal de sus labios rojos, donde posé de pronto los míos, abrazando aquel cuerpo casi desnudo y cargado de adornos de plata que resonaron, de la garganta á los pies, bajo mi presión.

»Mostrábase nerviosa, ligera y sana como una bestia, y tenía expresiones, movimientos, gracias y una especie de olor de gacela que me hicieron encontrar en sus besos un raro sabor desconocido, extraño á mis sentidos como el sabor de una fruta de los trópicos.

»Muy pronto... digo muy pronto y fué tal vez á la

madrugada, quisela despedir, pensando que se marcharía como había venido, y sin preguntarme qué haría yo de ella ó qué haría ella de mí.

»Pero en cuanto comprendió mi intención, murmuró:

»—Si me echas de aquí, ¿á dónde iré? Por la noche tendré que dormir en el suelo. Déjame quedarme sobre la alfombra, al pie de tu cama.

»¿Qué podía contestarle? ¿Qué podía hacer? Pensé que Mohammed miraría sin duda á su vez por la ventana iluminada de mi aposento, y preguntas de toda especie, que no me había hecho en la turbación de los primeros instantes, se formularon con claridad.

»—Quédate—la dije—y hablemos.

»Un segundo habíame bastado para tomar mi resolución.

»Puesto que aquella muchacha fué echada en mis brazos, la conservaría, haría de ella una especie de querida esclava, teniéndola oculta en el fondo de mi casa, á la manera de las mujeres del harém.

»El día que me cansara me sería muy fácil deshacerme de ella de cualquier modo, pues, bajo el sol

africano, estas criaturas nos pertenecen casi en cuerpo y alma.

»La dije:

»—Quiero ser bueno para ti; te trataré de modo que no seas desgraciada; pero quiero saber quién eres y de dónde vienes.

»Ella comprendió que era preciso hablar, y me contó su historia, ó mejor dicho, una historia, porque debió mentir del principio al fin, como mienten siempre todos los árabes, con ó sin motivo.

»Es la mentira uno de los rasgos más sorprendentes é incomprensibles del carácter indígena. Esos hombres en quienes el islamismo ha encarnado hasta formar parte de ellos, hasta modelar sus instintos, hasta modificar la raza entera y diferenciarla de las demás en lo moral, tanto como el color de la piel diferencia al negro del blanco, son embusteros hasta la medula, tan embusteros, que no se puede nunca hacer caso de sus palabras. ¿Deben esto á su religión? Lo ignoro. Es necesario haber vivido entre ellos para saber hasta qué punto la mentira forma parte de su ser, de su corazón, de su alma, habiéndose convertido en ellos en una especie de segunda naturaleza, una necesidad de la vida.

»La joven me contó que era hija de un caid de los Ouled Sidé Cheik y de una mujer robada por él en una *razzia* á los touaregs. Esta mujer debía ser una esclava negra, ó proceder al menos de un primer cruce de sangre árabe y sangre negra. Sabido es que las negras son muy apreciadas en el harém, donde desempeñan el papel de afrodisíacas.

»Nada de este origen aparecía, por otra parte, fuera del color purpurino de los labios y los sombríos pezones de sus senos alargados, puntiagudos y recios, como levantados por medio de resortes. No podía engañarse en esto una mirada inteligente. Pero todo lo demás pertenecía á la hermosa raza del Sur, blanca, esbelta, cuya fina cara la forman líneas rectas y sencillas, como una cabeza de imagen india. Los ojos, muy separados, aumentaban todavía el aspecto algo divino de aquella vagabunda del desierto.

»De su existencia verdadera, nada supe con precisión. Me la refirió con detalles incoherentes que parecían surgir por el azar en una memoria en desorden; y mezclábalos con observaciones deliciosamente pueriles, toda una visión del mundo nómada nacida en un cerebro de ardilla que ha saltado de

tienda en tienda, de campamento en campamento, de tribu en tribu.

»Y todo ello lo decía con la expresión severa que siempre tuvo ese pueblo zaherido, con gestos de ídolo que chismorrea y una gravedad algo cómica.

»Cuando acabó, noté que no había retenido nada de aquella larga historia llena de acontecimientos insignificantes, almacenados en su ligero seso, y me pregunté si no se había sencillamente limitado á burlarse de mí con aquella charla huera y sería que nada me decía acerca de su persona ni sobre ningún hecho de su vida.

»Y pensaba en ese pueblo vencido en medio del cual campamos, ó mejor dicho, que campa en medio de nosotros, cuyo idioma empezamos á hablar, que á diario vemos vivir bajo la tela transparente de sus tiendas, al que imponemos nuestras leyes, nuestros reglamentos y nuestras costumbres, y del cual lo ignoramos todo, todo, ¿oye usted? Como si no estuviésemos únicamente ocupados en mirarle desde hace ya cerca de sesenta años.

»No sabemos lo que sucede bajo esa cabaña de ramas y bajo ese pequeño cono de tela sujeta al

suelo por medio de estacas, á veinte metros de nuestras puertas; como no sabemos tampoco lo que hacen, lo que piensan, lo que son esos árabes llamados civilizados de las viviendas moriscas de Argel. Detrás de la pared enyesada de su vivienda en las ciudades, detrás del tabique de ramas de su choza, ó detrás de la delgada cortina de piel de camello que sacude el viento, viven junto á nosotros desconocidos, misteriosos, embusteros, disimulados, sumisos, sonrientes, impenetrables. ¿Qué me diría usted si le asegurase que mirando desde lejos, con mi lente el vecino campamento, adivino que tienen supersticiones, ceremonias, mil costumbres que nosotros ignoramos todavía, cuya existencia ni siquiera sospechamos?

»Tal vez nunca un pueblo conquistado á viva fuerza supo sustraerse tan por completo á la dominación real, á la influencia moral y á la investigación encarnizada, pero inútil, del vencedor.

»Pues bien, esta infranqueable y secreta barrera que la Naturaleza, incomprendible, ha levantado entre las razas, sentíala súbitamente, como nunca la había sentido, levantarse entre aquella muchacha árabe y yo, entre aquella mujer que acababa de darse, de

entregarse, de ofrecer su cuerpo á mis caricias y yo que la había poseído.

»La pregunté, pensando en esto por vez primera:

»—¿Cómo te llamas?

»Había estado unos instantes sin hablar y la vi estremecerse cual si hubiese olvidado que yo estaba allí, junto á ella. Entonces, en sus ojos clavados en mí, adiviné que aquel minuto había bastado para que el sueño la acometiese, un sueño irresistible y brusco, casi instantáneo, como todo lo que se apodera de los sentidos movibles de las mujeres.

»Respondió negligentemente, deteniendo en la boca un bostezo:

»—Allouma.

»—¿Tienes ganas de dormir?—agregué.

»—Sí—me contestó.

»—Pues bien; duerme.

»Se estiró tranquilamente al lado mío, tumbada boca abajo y con la frente apoyada en sus brazos, y sentí casi en seguida que su fugitivo pensamiento de salvaje habíase extinguido en el reposo.

»Echado junto á ella, púseme entonces á reflexionar, tratando de explicarme lo ocurrido. ¿Por qué me la habría dado Mohammed? ¿Obró como servidor

magnánimo que se sacrifica por su amo hasta cederle la mujer por él atraída á su tienda, ó había obedecido á un pensamiento más complejo, más práctico, menos generoso, echando en mi cama aquella muchacha que me había agradado? Tratándose de mujeres, tiene el árabe todos los rigores pudibundos y todas las complacencias inconfesables; y su moral rigurosa y débil no es más comprensible que sus otros sentimientos. Probable es que me anticipase, penetrando casualmente en su tienda, á las benévolas intenciones de aquel previsor criado que me destinaba aquella mujer, su amiga, su cómplice, tal vez su amante.

»Todas estas suposiciones me asaltaron y fatigáronme de tal modo, que poco á poco caí á mi vez en un sueño profundo.

»Me despertó el chirriar de mi puerta; Mohammed entraba, según costumbre, á despertarme.

»Abrió la ventana, por donde penetró una oleada de claridad, iluminando sobre la cama el cuerpo de Allouma, que continuaba dormida, y á continuación recogió de la alfombra mi pantalón, mi chaleco y mi chaqueta, á fin de cepillarlos. No miró á la mujer tumbada á mi lado; no pareció saber ó notar

que estaba allí; conservaba su gravedad ordinaria; los mismos modales, idéntica fisonomía. Pero la luz, el movimiento, el ligero ruido de los descalzos pies del hombre y la sensación del aire puro en la piel y en los pulmones, sacaron á Allouma de su entorpecimiento. Estiró los brazos, se volvió, abrió los ojos, me miró, miró á Mohammed con la misma indiferencia y se incorporó quedando sentada. Luego murmuró:

»—Tengo hambre.

»—¿Qué quieres comer?—la pregunté.

»—Kahoua.

»—¿Café y pan con manteca?

»—Sí.

»Mohammed, en pie junto á la cama y con la ropa mía bajo el brazo, esperaba órdenes.

»—Trae el desayuno para Allouma y para mí—, le dije.

»Él salió del cuarto sin que su rostro revelase la más mínima sorpresa ó el menor enfado.

»Cuando estuvimos solos pregunté á la joven árabe:

»—¿Quieres habitar en mi casa?

»—Sí, lo quiero.

»—Tendrás una habitación para ti sola y una mujer á tus órdenes.

»—Eres generoso, y yo te lo agradezco.



»—Pero si no te portas bien, te arrojaré de aquí.

»—Haré cuanto me mandes.

»Tomó mi mano y la besó en señal de sumisión.

»Volvió á entrar Mohammed trayendo el desayuno en una bandeja. Le dije:

»—Allouma se queda en casa. Alfombrarás la habitación que hay al final del corredor, y harás venir para que la sirva, á la mujer de Abd-el-Kader-el-Hadara.

»—Sí, señor.

»No hubo más.

»Una hora después, mi hermosa árabe estaba instalada en una habitación amplia y clara; y como yo fuera á cerciorarme de que todo marchaba bien, la joven se me acercó para pedirme en tono de súplica, que le regalase un armario de espejo. Se lo prometí, dejándola luego sentada sobre una alfombra de Djebel-Amor, con un cigarrillo en la boca y charlando con la vieja árabe que mandé llamar, como si se conocieran de muchos años.



II

DURANTE un mes fui muy dichoso con ella, habiéndome aficionado de un modo extraño á aquella criatura de raza distinta á la mía, y que se me antojaba casi de otra especie, como nacida en un lejano planeta.

»No la amaba, no; no se ama á las muchachas de ese continente primitivo. Entre ellas y nosotros, aun entre ellas y sus machos naturales, los árabes, nunca se abre la florecilla azul de los países del Norte. Están demasiado cerca de la animalidad humana, tienen un corazón demasiado rudimentario, una sensibilidad muy poco refinada para despertar en nuestras almas esa exaltación sentimental que constituye la poesía del amor. Nada intelectual, ninguna embriaguez ideal se une á la sensual embriaguez que en nosotros provocan esos seres encantadores y nulos.

»Nos dominan, sin embargo; nos sujetan como las

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO